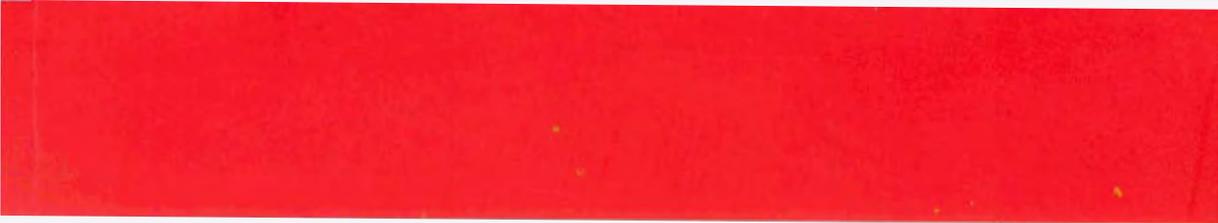


FAMILIAS: VIEJOS Y NUEVOS DESMOS PARA MEJORAR LA CALIDAD DE VIDA

Luis Alfonso Guadarrama Rico

Publicado en el libro:
Miradas psicosociales a la realidad. Universidad Autónoma del Estado de México (2006)



Miradas Psicosociales a la Realidad Psicosocial

Salvador Arciga (et al.)



FAMILIAS: VIEJOS Y NUEVOS DESMOS PARA MEJORAR LA CALIDAD DE VIDA

Luis Alfonso Guadarrama Rico

Las familias en la sociedad contemporánea

Si bien es cierto que, una vez iniciada la Revolución Industrial, las transformaciones del mundo familiar inician lentamente su camino hacia la estructura nuclear, es hasta pasada la segunda mitad del siglo XX, cuando, en la mayor parte del mundo capitalista, se dio un más claro proceso de afianzamiento de lo que hoy concebimos como familia. Desde el siglo XVIII hasta las dos últimas décadas del presente siglo, poco a poco se fue asentando una ideología que pugnaba por la estructura conyugal-nuclear y heterosexual.

Así, la estructura de las familias, tendiente a la conyugalidad y a la nuclearización, fueron dos cualidades que también contribuyeron a las emigraciones, campo-ciudad y quienes mejor prepararon el camino para la entrada de amplios programas de salud pública, sobre todo en lo relativo a la planificación familiar.

Pasada la primera mitad de la década de los setenta, en la mayor parte de las poblaciones urbanas de América latina ya se había enraizado en las jóvenes generaciones de entonces, una clara convicción de que se debía tener pocos hijos, para darles mucho. Una gran cantidad de pequeñas ciudades mudó hacia la constitución de megalópolis; otras tantas localidades pasaron de semi-rurales a ciudades medias y zonas metropolitanas; y otras más, de rurales a semi-urbanas. La incursión de las mujeres, tanto en la educación como en el empleo, trajo consigo importantes avances en el desarrollo social y económico, pues la visión del mundo al fin se edificaba con una doble mirada y empezaba a dejar a la zaga la otrora visión androcéntrica.

Nuevos perfiles de familias en el mundo

La mayoría de las personas; al aludir o pensar en el mundo familiar, regularmente hace referencia explícita o implícita a la estructura conyugal, nuclear y heterosexual, es decir, a la composición de sistemas familiares constituidos por la madre el padre y sus respectivos hijos¹. Pero es importante reconocer que, con plena consideración a nuestro mundo democrático y complejo, no existe un modelo de

¹ Como lo señala el mismo David Cheal, la familia conyugal está fundada en las relaciones de matrimonio en las que el vínculo entre la pareja ocupa un lugar central y de allí se desgranar las, estrechas relaciones entre el padre, la madre y los hijos. Paralelamente, se denomina nuclear, en tanto hace alusión a un grupo social mínimo que es plenamente correspondiente, según hipotetizó Goode, con las necesidades de alta movilidad laboral que exige una organización industrial (Cheal, 1997).

Miradas psicosociales a la realidad

2006 Primera edición
 Universidad Autónoma del Estado de México
 Av. San Rafael Atlixco No. 186
 Col. Vicentina Iztapalapa, 09340, México, D. F.
 Impreso y hecho en México

familia mejor que otro, pese a que desde la Segunda mitad del siglo XX, en gran parte del mundo occidental nos han tratado de convencer que la familia idónea es aquella en la que la pareja fundante concibe y da crianza a los hijos propios, hasta que éstos se marchan para dar inicio a la fundación de otra familia nuclear.

Se trata de una concepción basada en la teoría estándar de la familia que existía en los años cincuenta, en la que se concebía a ésta como la unidad de adaptación que mediaba entre al individuo y la sociedad (Cheal, 1997). Pero amén de una serie de transformaciones socioculturales que se vivieron durante los años sesenta y setenta, la sociología de la familia tuvo una fuerte sacudida, donde las contribuciones del feminismo jugaron un papel muy importante para poner en tela de juicio una serie de problemas privados, incluyendo la violencia doméstica contra las mujeres, el cuidado de los niños y las dificultades económicas de la esposa dependiente (Cheal, 1997:46). Sin embargo, todavía prevalece en el discurso y en la visión de muchas personas e incluso de las políticas públicas, la idea de que la familia ha de responder a la estructura conyugal nuclear, heterosexual y monogámica.

FAMILIAS: VIEJOS Y NUEVOS DESAFIOS PARA MEJORAR LA CALIDAD DE VIDA

Historias familiares, cambios sociales y marco jurídico

En una sociedad que se precie de democrática, también se debe reconocer que, en muchos países de mundo² y en América Latina, los índices de divorcio y de separación³ han empezado a crecer de manera más pronunciada a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta.

Este indicador parece tejido con variables, como: el acceso a mayores niveles educativos por parte de las mujeres; la incursión laboral del sector femenino (con la consecuente autonomía económica); la revisión y actualización del marco jurídico en aspectos como la violencia intrafamiliar y la violencia hacia las mujeres; y también ha jugado su propio papel una incipiente pero sostenida tolerancia social hacia nuevas formas de construir, mantener y re-compensar sistemas familiares con distintas estructuras y estados de conyugalidad.

2 Dejamos de lado tipos, estructuras y trayectorias familiares descritas en algunas regiones de Asia, África y una buena parte de Medio Oriente, en tanto que, como lo señala Anthony Giddens, "los sistemas familiares tradicionales que implican familias extensas, clanes y poligamia se han alterado poco" (Giddens, 1991: 422).

3 Se emplean los dos términos: divorcio y separación, debido a que la mayor parte de las estadísticas sólo registra al primero, en tanto se trata de un proceso jurídico concluido que consume tiempo, recursos económicos y considerable desgaste; aspectos que no siempre está dispuesta a encarar la pareja implicada. Respecto del segundo, se reconoce que existe un sub-registro debido a que muchas parejas que viven separadas suelen expresar que aún forman una estructural conyugal nuclear, como un recurso de esperanza por la reconciliación y como un control social que lleva a ocultar la condición de conyugalidad social (Langellier y Peterson, 1997).

Estructuras emergentes

De esta manera, el siglo que acaba de terminar nos ha dejado un nuevo perfil de familias: monoparentales de cabeza femenina (ONU, 1995), recompuestas, monoparentales de cabeza masculina, ampliadas, nucleares y, en varios países, empiezan a tener un claro protagonismo las estructuras familiares basadas en parejas de homosexuales y lesbianas. Desde hace varios años, en la Ciudad de México, justo el 14 de febrero, día en el que se festeja la amistad y el amor (heterosexual), varias parejas de homosexuales y lesbianas se han dado cita en la Alameda del Distrito Federal, para celebrar la unión "oficial" entre parejas del mismo sexo. Angelika Baldow y Gudrun Pannier, dos mujeres lesbianas que eran pareja desde 1997, constituyeron el primer matrimonio legal en Berlín, Alemania, tras la aprobación de la nueva ley sobre uniones civiles para parejas del mismo sexo (Reforma, 2 de agosto de 2001, p. 21A).

Tecnologías para la concepción y nuevas estructuras familiares

Este nuevo margen de tolerancia hacia estructuras y tipos de familia distintos bien ha generado en algunos sectores de las sociedades reacciones enconadas desde otra perspectiva han contribuido a la edificación de un debate más amplio en torno a las identidades de género, sobre todo cuando se ensancha la posibilidad a través de la inseminación artificial, de que una pareja de lesbianas u homosexuales pueda "concebir" descendencia, pero en un nueva atmósfera familiar.

Estas nuevas pautas culturales en la gestación y desarrollo de las familia han generado, en principio, un doble movimiento. Por un lado, las relaciones de género se han visto modificadas pues el viejo esquema en el que la mujer estaba cuasi-atrapada en la gestación y la crianza, y el masculino en el papel de proveedor económico, ha tenido que ser reconfigurado, no sin tensiones tanto intra como extrafamiliares.

Tamaño de las familias

Respecto del tamaño de las familias, también se han registrado cambios muy importantes. En la mayor parte de las ciudades de Latinoamérica, una gran proporción de familias tienen dos hijos, en promedio (Guadarrama, 2000).

Comparten esta característica muchos países desarrollados, como Gran Bretaña, Austria, Suecia y Noruega, entre otros (Castells, 1999).

El control sobre los índices de fecundidad que muestra la población también ha tenido relación con mayores niveles educativos e ingreso al mercado laboral de las mujeres; amén de una sostenida política pública de planificación

familiar⁴ y de un considerable empobrecimiento de la capacidad adquisitiva.

Este último factor ha dejado al descubierto, desde hace poco más de dos décadas, que no basta un salario para sostener a la familia, aun reducida a tres o cuatro integrantes. En otras palabras, a pesar de ser pocos los integrantes de los sistemas familiares modernos, cuatro manos adultas han tenido que salir a trabajar para tener acceso a bienes y servicios básicos que provean de niveles de calidad y de vida aceptables.

Y justamente esta otra condición ha contribuido también a replantear tanto el micromundo familiar como las identidades de género. La periferia del padre ya se amalgama con una semiperiferia de la madre; ello ha generado que se reconfiguren en algunos estratos socioeconómicos y educativos -no sin tensiones y acomodados- nuevas interacciones y responsabilidades en el ámbito familiar, que se ven cristalizadas, en parte, en las rutinas que encaran hombres y mujeres en las casas que les cobijan.

Representación social de los hijos

Sobre esta línea, también hay que traer a colación que, en los medios urbanos, la mayor parte de los y las jóvenes ha empezado a posponer la fundación de la pareja, e incluso están optando por uniones consensuales (unión, libre), como medida de ensayo para luego decidir si han de contraer nupcias por vía civil o religiosa. Una vez que ello sucede, pasan algunos años antes de plantearse la necesidad de concebir al primer hijo⁵.

Lluís Flaquer señala que los padres y las madres, sobre todo en los medios urbanos, están colocando a los hijos en un esquema de racionalización tal que empiezan a operar en la misma categoría que la adquisición de una casa o de un coche (Flaquer, 1998). Con relativa frecuencia se escucha a jóvenes parejas de clase media y alta comentar sobre la "conveniencia" de un primero o segundo hijo, frente a los gastos que también implicaría el enganche o apartado de un inmueble o de un automóvil. Así, en función de estos "análisis", la pareja llega a una u otra decisión. No obstante, parece una estrategia de sobrevivencia, de cara a las fuertes presiones económicas y falta de expectativas en un mercado laboral que se torna volátil e inestable.

4 Es importante subrayar que los logros de la planificación familiar han estado sustentados, mayoritariamente, en la ingesta de pastillas anticonceptivas y en la aplicación de la salpingoclasia, condición que a largo plazo merma la salud de las mujeres. Debido a ello, hay autores que ponen de relieve el hecho de que la llamada "liberación femenina" (aludiendo al rompimiento del círculo relación coital-embarazo) se ha ganado sujetando y mutilando al cuerpo femenino.

5 En los medios urbanos, rurales y en las poblaciones indígenas, se siguen presentando altas frecuencias de embarazos y matrimonios precipitados entre los adolescentes, debido a que no se ha logrado incorporar plenamente una cultura de la planificación familiar a través de métodos anticonceptivos, además de conservar una fuerte carga de culpabilidad y de incertidumbre frente al ejercicio de la sexualidad (Román, 2000).

Familias y tercera edad

En otro ángulo de la vida de las familias, poco sabemos sobre el saldo que nos legará el hecho de haber tomado como propia la bandera: Pocos hijos para darles mucho, como rezaba un eslogan que se posicionó hace unas décadas en gran parte del territorio mexicano. Lo que por ahora sabemos es que la población en la mayor parte de los países de América latina, empieza a envejecer y que habrá un gran tramo intergeneracional que no estará en capacidad de sostener-económica y productivamente hablando- a la creciente población de viejos (Goma, 1997). Para algunos demógrafos y politólogos, una alternativa será la estimulación de la inmigración a los países que están mostrando bajos o nulos índices de fecundidad, como la unificada Alemania, Dinamarca, Italia, Grecia, España y Portugal, entre los más destacados (Castells, 1999). Con estos flujos migratorios, nuevas pautas culturales o interculturales se trazarán en el mundo de las familias.

Familia y género

A través del análisis de las rutinas de mujeres y hombres, se puede apreciar que las primeras, a pesar de trabajar (tener empleo) como sus parejas -incluso en el mismo número de horas-, no escapan a la participación en la labor doméstica amén de ocuparse de sí mismas y de los demás. Las mujeres que tienen acceso a niveles educativos se liberan de actividades reproductivas, pero transfieren el trabajo doméstico a otras mujeres, como una forma tosca de liberación. En contrapartida, el masculino puede atender las cambiantes peticiones de trabajo (empleo), incluso de turnos y jornadas distintas: ora por la mañana, ora por la tarde o por la noche, debido a la periferia que le caracteriza en tanto masculino. Pero ello se puede comprender en la medida en que su participación doméstica es absorbida por la mujer.

La casa, un espacio de poder

La casa, como territorio en el que se funda y recrea la vida familiar, no representa práctica ni simbólicamente lo mismo para las mujeres que para los hombres. Mientras para las primeras constituye un espacio de actividades rutinarias que les demanda esfuerzo, trabajo y el compromiso de su tiempo, y de sus cuerpos para atender a los demás; para los masculinos, ese mismo espacio parece conferirles la oportunidad del repliegue, de la reposición de fuerzas e incluso del cultivo de actividades que redunden en un mejor desarrollo de sus habilidades intelectuales (Murillo, 1996).

Es aquí donde nos debemos detener más a menudo, pues en el mundo de las casas de las familias se reproduce, amalgama y modifica la división sexual del trabajo. Como lo hemos visto en algunas cifras, para las mujeres, la dimensión doméstica de las casas, es decir, el conjunto de actividades, tareas y funciones, exigen a los cuerpos fe-

meninos su dedicación y atención hacia los demás; es ese tiempo que descentra el cuerpo femenino para dedicarse a cubrir y procurar las demandas de los otros (infantes, adultos masculinos, senectos y viejos), con relativo o total descuido del tiempo y atención privada e íntima para la mujer o mujeres que habitan el hogar (Murillo, 1996). Es donde el llamado "tiempo libre" de las mujeres se ve constantemente salpicado de actividades domésticas, yuxtapuestas a otra serie de "distracciones", como mirar una telenovela o escuchar la radio mientras se plancha la ropa, se lavan los trastos o se piensa en los víveres que se requerirán horas más tarde o por la mañana, a fin de que el resto de la familia pueda continuar la vida (Guadarrama, 1996, 1997, 1998, 1998, 2000).

En contraste, ese mismo espacio de residencia, en el caso del masculino, asume otra dimensión; emerge como microlugar de repliegue para encontrarse consigo mismo, para ocuparse de sí en tanto alejado de las responsabilidades de la actividad pública--del trabajo como parte estructural de la mundialización globalización, como diría Alicia Lindon (1997)--. Se trata, desde la condición masculina, de un escenario en el que se descansa e incluso hay espacio y condiciones para actividades recreativas o formativas que contribuyen tanto al mejoramiento de la autoestima como al desarrollo de conocimientos y habilidades renovadas. Esta pseudo-dicotomía dibujada en las relaciones de género, al interactuar con el espacio privado y doméstico de las casas familiares, puede estar cambiando o reformulándose como consecuencia de las transformaciones socioculturales que están llegando a los micromundos familiares.

Casa mediáticas

Hoy los espacios privados y domésticos de las casas poseen nuevas tecnologías que resignifican la función de los espacios y los complejizan. Ámbitos como la alcoba se han tomado públicos como resultado de la incursión de los medios electrónicos. La alcoba ya es otra cosa; no sólo espacio para dormir, hacer el amor y tener un ámbito individualizado, sino que ahora está provisto de una pantalla chica, de música que engancha con el acontecer del entorno; es como si no fuésemos capaces de tolerar la ausencia del mundo externo, para conciliar nuestro mundo interior. En algunos sistemas familiares, el televisor no ha dejado de estar en la sala; incluso, bien se puede tratar de un espacio que dispone del mejor televisor de la familia, donde se dispone de señales de televisión restringida. Aun así, a diferencia de lo que sucedía en las casas de siglo pasado, durante los años setenta y ochenta, el televisor se ha desplazado a las alcobas y a la cocina (espacio reproductivo); ha conquistado el espacio privado e íntimo de cada subsistema familiar. Por ello, resulta difícil dar cuenta de escenas en las que la familia se reúna a ver televisión. El nuevo televidente, es desde su casa, un homovideos solitario. También empieza a cobrar relieve, poco a poco pero de manera creciente, la interacción que los jóvenes hacen con los contenidos que ofrecen las nuevas tecnologías como

los sitios web, chat, el correo electrónico y, desde luego, el teléfono convencional y el celular.

Pero detrás de estas pautas de interacción con los medios convencionales (televisión y radiograbadora), se agazapan los interlocutores mediáticos que, en forma entrecortada. Licuada, caótica, sin contexto ni memoria, proponen y canonizan su versión, para construir la mirada de los otros, en un aquí y ahora que enarbola la cultura del segundo.

Situación nacional de las familias en México

Aunque el éxodo campo-ciudad dio inicio hacia finales de la década de los cuarenta, prácticamente tuvieron que pasar casi treinta años, para que los rasgos del urbanismo dieran clara cuenta de su avance. Hoy, en México, poco más de 74 por ciento de las familias viven en algún medio urbano (INEGI, 2000). Sin embargo, ello no debe traducirse, necesariamente, como un paquete nutrido de ventajas; por el contrario, parece que la urbanización incluye problemas como la inseguridad pública, altos índices de violencia, escasez de servicios básicos como agua potable, drenaje, alcantarillado; medio ambiente contaminado y las consecuentes repercusiones en la salud física.

El país y gran parte del orbe, después de la década de los años ochenta, iniciaron una pronunciada orientación laboral hacia el sector terciario, es decir hacia la prestación de servicios, en menoscabo -centralmente- de los sectores primario y secundario (INEGI, 2001). Este fenómeno ha estado vinculado también con fenómenos migratorios y con el consecuente abandono de terrenos cultivables, en tanto se ha privilegiado la vida urbana.

Prácticamente hace poco más de un cuarto de siglo que la economía de los llamados países en desarrollo y, en consecuencia, las familias que habitamos en ellos, han entrado en una precarización constante de sus economías domésticas. Los especialistas señalan que el movimiento neoliberal y la globalización han acentuado cada día más este perfil; incluso, hay quienes explican que la incorporación de las mujeres al mercado laboral era una medida que habría ocurrido con o sin el movimiento feminista, más recientemente, con la aportación de los estudios de género, afirman que de hecho no habría quedado otra salida, en tanto el salario de un adulto (jefe de familia) no alcanzaría para responder a las exigencias más elementales de la economía familiar.

Centralmente, la globalización económica ha generado una mayor desigualdad entre los países ricos y pobres, y aun en los llamados en vías de desarrollo. Además, con la fusión de las megaempresas, como medida de sobrevivencia en un mercado mundial cada vez más competido, ha provocado que la estabilidad económica de los países sea un asunto del pasado, pues con la relación que entre los distintos mercados, las recesiones en las que de pronto entran los países afectan -con distintas magnitudes- tanto el desarrollo como las expectativas de los países y de las

personas. Hoy, en México, se habla de más de 50 millones de personas pobres y se avizora que, de continuar la tendencia globalizadora, el número de pobres e indigentes avanzará aún más en los años por venir.

Nuevos perfiles de las familias

En 1990, XI Censo General de Población y Vivienda contó poco más de 81 millones de habitantes en nuestro territorio nacional. La distribución de la población, según tipo de localidad, indicó que 71 habitantes de cada 100 radicaban en poblaciones urbanas y el restante 29% vivía en medios rurales (INEGI, 1994a). Es decir, continuó el flujo migratorio campo-ciudad y la consecuente densidad de población en las principales ciudades del país se acrecentó aún más. A la distancia de diez años, el crecimiento natural de la población mostró un descenso sin precedente en las décadas anteriores, pues bajó casi diez puntos.

Mientras en 1980 el crecimiento natural promediaba 28.7, para el inicio de los noventa, apenas alcanzaba 19.53, a pesar de que la esperanza de vida continuó en aumento y la tasa de mortalidad infantil mostró un descenso significativo. Este indicador estuvo directamente relacionado con la tasa bruta de reproducción, que reportó 1.56 (INEGI; 1994a). En menos palabras, para la última década del siglo XX, el tamaño de las familias se contrajo aún más, para entonces se calculaba un promedio de 3.1 hijos por hogar familiar (López e Izazola, 1994).

La población era albergada en poco más de 16 millones de viviendas, las cuales se encontraban ubicadas, en más de dos tercios, en localidades urbanas; condición que permite entender por qué casi 90 por ciento de las viviendas disponía del servicio de electricidad. Durante los años ochenta la tasa de crecimiento de las viviendas por vez primera fue superior al de la población. Para este último decenio, la tendencia continuó, sólo que con mayor pronunciamiento, pues mientras la tasa de crecimiento promedio de la población reportaba 2.02, la vivienda alcanzaba 2.84 (Scheuingart y Solís, 1994). Ello puede constituir un reflejo de la tendencia creciente de instauración de hogares y de la necesidad de estos espacios, derivación sostenible si además se tiene presente que, precisamente para el inicio de la década en cuestión, la tasa de nupcialidad alcanzó 7.90, en contraste con 7.38 de la década precedente (INEGI, 1994b).

Estructuras familiares

La tipología de familias en México continúa siendo dominada por la estructura nucleatizada. Si bien dicho perfil se ha modificado sensiblemente en los últimos años, nos parece que ello puede guardar íntima relación con la adscripción a la religión católica, que desde hace poco más de 500 años entreteje nuestra cultura. Se puede apreciar en la siguiente gráfica que, según cifras oficiales, en el ámbito

nacional, siete de cada diez hogares familiares⁶ son de tipo nuclear y prácticamente dos están en la tipología de los ampliados. Estas cifras generales, sin embargo, deben ser leídas a la luz del porcentaje de población que está radicado en medios rurales y urbanos marginales, en los que se mantiene fuertemente el rasgo de las familias ampliadas. Por otra parte, debe verse con especial atención el hecho de que las personas o las familias empiezan a encontrar nuevas formas de vida, como lo refleja la incipiente cifra de los hogares de tipo compuesto (0.84%), es ; decir, se trata de hogares familiares nucleares o ampliados que incluyen una o más personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar. En este sentido, / como lo aclara el INEGI (2001), puede haber empleados domésticos y sus familiares.

Si bien aún domina la estructura de tipo nuclear en las familias mexicanas, de acuerdo con la figura que se muestra enseguida, internamente la estructura y organización han presentado cambios ostensibles. Véase que la jefatura de los hogares se ha trasladado de un sexo a otro, es decir, hace poco más de tres décadas, la jefatura del hogar estaba fuertemente dominada por el sexo masculino; ahora, se registra una creciente presencia de las mujeres como jefas de hogar. Es altamente probable que dicha condición guarde relación con factores como el ingreso económico, mayores niveles educativos, separaciones, divorcios o fallecimientos del cónyuge masculino. Lo que nos deja este nuevo perfil nacional en la vida de las familias es que se entretejen nuevas condiciones de género, pues uno o más ejes que soportaban a las estructuras nucleares, y especialmente a la masculinidad (Badinter, 1993), se han movido de lugar para plantear otros desafíos. Al mismo tiempo, las nuevas generaciones de hombres y mujeres están ante un panorama en el que se ha desdibujado (no sin tensiones) la figura masculina como único proveedor económico del hogar ahora las mujeres no sólo timonean o comparten la economía doméstica, sino que ello ha replanteado las pautas de interacción entre uno y otro sexo, amén de un marco de nuevas relaciones frente a los hijos y las hijas.

Mayoritariamente las parejas siguen siendo convencionales a la hora fundar al sistema, en tanto el masculino ha de ser mayor en edad y la mujer menor. Por otro lado, en la generación de familias urbanas de clase media actual está claramente acentuada una estructura estrecha, como resultado de las políticas de planificación familiar, mayor acceso a niveles educativos por parte de la pareja e ingreso al mercado de trabajo por parte de las mujeres.

Paralelamente, como se muestra en el perfil nacional que se presenta en la gráfica siguiente, si bien prevalece los estados de conyugalidad definidos por la condición de matrimonio civil y religioso, empieza a crecer la tendencia

⁶ Hogar familiar, de acuerdo con la definición del INEGI, se refiere al tipo de hogar en el que por lo menos uno de los integrantes tiene relación de Parentesco con el jefe del hogar.

hacia otras condiciones; este aspecto permite confirmar que las uniones de las parejas que fundan familias no necesariamente permanecerán unidas a lo largo de toda su trayectoria.

Pocas veces nos percatamos de que las estadísticas en México y en otros países dejan en evidencia que se han estado formando otros ritos de familias y que –como todas- tienen desafíos, problemas, inconveniencias y sus respectivas satisfacciones. Para dar una idea, de acuerdo con los resultados del pasado Censo General de Población y Vivienda de México, diez por ciento de las mujeres mayores de doce años declaró vivir en unión libre; y cerca del tres por ciento se había separado de su cónyuge (INEGI, 2000). Este indicador, en un país que por muchos años ha pugnado por la estructura conyugal nuclear, resulta de especial trascendencia como mutación sociocultural frente al micromundo de las familias.

Menos hijos e hijas y poca comunicación familiar Entretejidos con estos movimientos, los jóvenes no parecen tener condiciones para construir una integración dialógica con sus padres. Según las cifras aportadas por la Encuesta Nacional de Juventud, aplicada hace unos meses a los núbiles de México: apenas 16 por ciento manifestó que conversaba “mucho” con su progenitor, siempre que los temas fuesen los estudios o el trabajo; sobre sus sentimientos, el sexo, la política o la religión, cerca de 60% estimó que entre las categorías “nada” y “poco” solía conversar con su padre (véase cuadro siguiente).

Como se puede constatar, el silencio y la ignorancia sobre el otro gozan de buena salud. Cierto es que no resulta nada fácil construir y mantener un proceso dialógico con los hijos adolescentes, pero mientras los padres y, en menor medida, la madres, no nos demos tiempo para edificar este proceso, otras voces y miradas ya nos ganan la partida. En no pocas ocasiones, resultamos excelentes amigos de trabajo y pésimos conversadores o aliados de nuestros hijos e hijas.

Mujeres y carga doméstica desde los hogares mexicanos En la mayor parte de los medios urbanos, cuando la hija se convierte en madre y tiene condiciones de apoyo interfamiliar para continuar estudiando, hace también labores domésticas (aunque en menor proporción que su madre, por ejemplo), pero se aglutina con el apoyo recibido por otra mujer, como resultado del repliegue de su cónyuge para tomar parte en las nuevas responsabilidades.

De acuerdo con las cifras arrojadas por la misma Encuesta Nacional de Juventud, como se puede ver en el siguiente cuadro, 73% de los casos, son las madres las que se hacen cargo de los quehaceres domésticos, es decir, trabajan entre 14 y 16 horas diarias, “en la comodidad de su hogar”. Cierto es que algunas mujeres jóvenes se ven descargadas de actividades reproductivas. Ello se acepta, a cambio de que el mayor tiempo se dedique actividades formativas a 1 las actividades formativas como estudiar, realizar

tareas escolares o trabajar en el espacio público. Pero son otras mujeres del sistema familiar las que se harán cargo de dar cumplimiento a sus tareas domésticas. Difícilmente tomará el timón un masculino; excepto que –como lo contestaron los jóvenes- se encargue de aportar dinero y de hacer las reparaciones que demande la casa.

Las casas, más allá de los medios

A la par de lo que ha sucedido con la televisión, desde la década de los ochenta, en México, se vivió un despunte de lo que entonces se denominaba nuevas tecnologías. Incursionó la videgrabadora, en su formato Beta; poco a poco fueron llegando a los hogares de las familias los primeros videojuegos y, años más tarde, la microcomputadora y los teléfonos celulares. Hoy, el perfil que muestran muchas casas de las familias mexicanas se ha modificado sensiblemente. Baste revisar con detalle la siguiente gráfica.

Obsérvese que, según cifras del XII Censo General de Población y vivienda, casi nueve de cada diez viviendas contaban con televisor, ocho disponían de radio o radiograbadora y cuatro habían adquirido servicio telefónico. Si bien la microcomputadora aparece en 9% de las viviendas, no debe dejar de considerarse que muchos jóvenes –principales usuarios de esta tecnología han resuelto la falta de computadora a través del sistema escolar y apoyándose en los servicios privados que ofrecen los denominados ciber-cafés.

Resulta difícil, ahora, concebir una casa que no emita sonidos mediáticos. El silencio en casa, sobre todo para los jóvenes, parece cada día más ausente, más inconcebible como para tolerarlo. Las casas expulsan ríos caudalosos de sonidos y mensajes mediáticos. Aun estudiando o bien para dormir, se requiere que alguien –quien sea- nos relate un cuento hiperfragmentado, licuado y semicaótico, con tal de conciliar el sueño, vía control remoto. Los televisores han dejado de marcar diferencias entre sexos. Anteriormente, quizás el aparato de televisión tenía una pertenencia familiar, aunque no ausente de reglas de control paterno o materno para su uso individual o familiar. Hoy, la pantalla catódica se torna más individual, pero aún marca diferencias. El cuadro siguiente constatar esa centralidad de los contenidos televisivos y la oferta musical que llega a través del uso de las radiograbadoras.

Situación estatal

En el Estado de México se aprecian los efectos de las tendencias observadas tanto en el ámbito mundial como en el nacional, pues se registran movimientos democratizadores en torno a las formas de vida familiar, la incorporación y ascenso de las mujeres al sistema educativo y laboral, acompañada de una reconfiguración de las responsabilidades domésticas entre los cónyuges, en la que se aprecia – no sin tensiones y reacomodos- una mayor

participación y corresponsabilidad de los cónyuges, tanto en la crianza de los hijos como en las aportaciones económicas para el sostenimiento de los hogares.

Desde luego, estas tendencias muestran rostros distintos cuando se trata de familias indígenas o que radican en medios rurales y suburbanos, así como de sistemas familiares en los que la pobreza y la marginación impiden el desarrollo de formas de vida privada más democráticas.

Familias urbanas

Casi de manera generalizada, en los municipios más urbanizados de la entidad, hemos asistido a la configuración de nuevas estructuras y dinámicas familiares, como resultado de las políticas de planificación familiar, amalgamada con el papel de las mujeres en el desarrollo social, económico y político de la más de la mitad de las familias (54%) ha optado por dos o tres hijos, como máximo en su proceso de reproducción. Ante ello, es menester que las políticas públicas y la oferta de programas gubernamentales se configure a la luz de un marco necesidades que emergen de este tipo de estructuras familiares y apremios que ha impuesto una vida sujeta al estrés y a la inseguridad pública.

Familias indígenas y rurales

Para el caso de municipios como San Felipe de Progreso, Villa Victoria, Zumpahuacán o Tejupilco, en los que la presencia étnica, la baja urbanización, el mundo rural, la pobreza, la falta de servicios de salud, así como de equipo médico y, en general, las características socioculturales que lamentablemente les caracterizan, han generado que las familias estén integradas con un mayor número de embarazos y de hijos; condiciones que exigen una nueva política y distintos programas a los que usualmente se aplican en los medios urbanos. Adicionalmente, es indispensable considerar que las mutaciones hacia el desarrollo así como el viraje hacia estructuras más reducidas [menor número de hijos] serán más lentas, en tanto sus puntos de partida son distintos y considerablemente más precarios.

Familias y empleo

Sin lugar a dudas, la importancia del empleo en la vida cotidiana de cualquier persona y familia ha quedado de manifiesto, sobre todo en países como el nuestro en el que no existe el seguro contra el desempleo. La economía de los sistemas familiares, y de las personas en particular, se ve fuertemente colapsada ante el ascenso del desempleo y el subempleo; una fuerte proporción de economistas y de críticos del capitalismo globalizado ha insistido que la perspectiva neoliberal ha generado cada día más pobreza en el mundo y, de manera dramática, en los países subdesarrollados.

Se sabe que, ante de la pérdida del puesto de trabajo y del consecuente ingreso económico, la dinámica familiar y los esquemas de buena convivencia intenta en los sistemas familiares se ven profundamente alterados, en tanto escasean los insumos monetarios que permiten sortear las demandas más apremiantes de la vida familiar.

A partir de la escasez o privación económica en los sistemas familiares, disminuyen los nutrientes; se deja de cumplir con requerimientos básicos para arrollar las tareas escolares de los hijos; emergen los rezagos y la presión para cumplir con cuotas de renta de casa-habitación; se deponen los pagos comprometidos; consecuentemente las deudas económicas crecen hasta entrar en un círculo vicioso que asfixia a las madres o a los padres de familia; ante la emergencia de padecimientos o enfermedades, se carece de seguridad social para buscar la atención y el tratamiento respectivo. Dicho de otro modo, el amor en la familia se escapa por la ancha ventana de la carencia económica⁷.

Las complejas interconexiones que contribuyen a explicar el fenómeno del desempleo apuntan hacia la globalización, la lucha por los hidrocarburos, el impacto las nuevas tecnologías aplicadas al mundo productivo, la falta de personal capacitado y el impacto de nuestros esquemas de consumo, que han modificado ciclos estacionarios a escala planetaria. Este último vector (el Sobrecalentamiento de la Tierra) ha impactado fuertemente los ciclos agrícolas y, con ello, la economía de los sistemas familiares dedicados al sector primario —fundamentalmente el mundo rural e indígena— han visto erosionadas sus economías y su esquema de sobrevivencia.

Más allá de los preceptos consignados en nuestra Carta Magna, el derecho al empleo y a una remuneración digna debería configurar uno de los asuntos de primer orden para gobiernos que se precien pensar y actuar democráticamente. No podemos aspirar a ser una sociedad justa si los y las jefas de familia no cuentan con empleo digno. Por su complejidad, se trata de una lucha permanente y no de una meta fácil de alcanzar en el corto o mediano plazo. Pero se debe reconocer que, mientras exista desempleo y la ausencia de seguros que aminoren los impactos de la falta de empleo en el sector productivo, no será fácil hablar de justicia social ni de una sociedad democrática.

En tal sentido, es indispensable impulsar una política pública capaz buscar alternativas viables y sostenibles, a fin de crear las condiciones y el esquema de cooperación entre los tres ámbitos de gobierno, las organizaciones sindicales y los empresarios para hacer posible la creación de un sistema de seguro para el desempleo.

Familia y educación

Al inicio de la fundación de los sistemas familiares, especialmente en los medios de urbanos, una fuerte propor-

⁷ Para un desarrollo más amplio, véase Guadarrama 2004.

ción de madres -al tener que conseguir empleo u ocupación para contribuir al sostenimiento económico – buscan afanosamente instituciones de educación inicial, estancias de desarrollo infantil o personas contratadas expresamente para brindar cuidado y atención de sus vástagos. Este servicio, en condiciones adecuadas, permite que tanto la madre como el padre se sientan apoyados para desempeñarse a plenitud en el desarrollo de sus actividades productivas.

Por ello, es imprescindible que los gobiernos locales y municipales, así como las instituciones públicas y privadas en general, realicen esfuerzos considerables para impulsar la creación y sostenimiento de Centros de Desarrollo Infantil, capaces de brindar cuidados, atención y un adecuado programa educativo que estimule el desarrollo integral de los infantes, a partir de los 90 días de nacimiento. Sobre esta base, muchas familias, en sus etapas iniciales de desarrollo, podrán contar un soporte confiable u de alta calidad para la formación de sus hijos.

En fases más avanzadas de la vida familiar, salvo excepciones, la generalidad de las madres y de los padres abriga profundas esperanzas de que sus hijos e hijas alcancen mayores niveles de escolaridad que las conseguidas por ellos, pues asumen que existe una infalible correlación entre grado de escolaridad, empleo y buen salario.

La economía y la sociología han dejado en claro que dicha correlación se presenta con relativa consistencia en la medida en que otros factores concurren de manera positiva. Por ejemplo, pertinencia y calidad en la formación educativa y profesional; relación oferta-demanda de puestos u ocupaciones; nuevas tecnologías para la producción; capacidades y habilidades del técnico o profesional que busca el empleo; género y etnia de la persona que busca empleo y competencia entre otras ocupaciones o profesiones para el mismo cargo.

A pesar de ello, priva una gran esperanza en las familias acerca de las ventajas que puede tener el acceso, permanencia y tránsito hacia mayores niveles educativos por parte de sus hijos e hijas. Se sabe que las condiciones de pobreza y desnutrición constituyen también causales de bajos rendimientos escolares y, luego, se engarzan con el rezago y la deserción del sistema educativo, generando frustración, conflictos interfamiliares y desesperanza tanto en los padres y madres de familia como en los propios jóvenes. Adicionalmente, se reconoce que, a mayores niveles educativos entre la población juvenil, menores probabilidades de transitar por el embarazo adolescente y más posibilidades de contribuir con al desarrollo social, en tanto se abren opciones para procurarse una vida saludable y conductas de autocuidado.

La tendencia nacional deja en claro que es indispensable aportar mayores recursos a la educación, aunque debe señalarse que deberían recibir más recursos y atención los niveles medio superior y superior. En el ámbito estatal, las

familias -a través de sus hijos e hijas jóvenes- ven profundamente reducidas sus posibilidades de acceso a estos dos niveles debido a que -en promedio- prácticamente 14 de cada 100 jóvenes entre 19 y 24 años de edad logran ingresar al nivel que le corresponde; el resto, simplemente queda fuera [véase la siguiente gráfica].

En otras palabras, estamos frente a un gran potencial de jóvenes mexiquenses -entre 19 y 24 años de edad- que pocas o ninguna opción vislumbra para mejorar su vida futura. En tal sentido, es imperioso comprender la presión familiar, social y económica que representa el hecho de no contar con una población capacitada o formada para construir un mejor futuro como familia, entidad y como país.

En países como Suecia, Dinamarca y Noruega -considerados con alto Índice de Desarrollo Humano (IDH)- se destina más del siete por ciento del Producto Interno Bruto para gasto en educación. En México, para el periodo 1999-2001, se destinaba 5.1 % del PIB. Aparte de la imperiosa necesidad de impulsar una mayor inversión en el gasto público destinado a los servicios educativos, debe tenerse en cuenta la reducción que muestra la pirámide de acceso a los niveles medio superior y superior, así como la distribución de la matrícula por áreas del conocimientos.

Familia y salud

En los albores del presente siglo, la Organización Panamericana de la Salud realizó una amplia encuesta en la que investigaba cuáles eran los principales aspectos que las personas valoraban en su vida diaria. En forma abrumadora [más de 80% de los encuestados] respondió que la salud constituía uno de los principales atributos y valores a conservar tanto individualmente como entre sus familiares.

Acceso y calidad de los servicios de salud

Por esta razón, el tema de los servicios de salud debe ocupar un papel preponderante en la agenda pública, pues existe una grave percepción entre la población, en tomo al acceso y carencia de servicios adecuados; mala atención por parte del personal médico; falta de equipamiento en hospitales, clínicas de salud y unidades móviles, así como graves limitaciones para recibir los medicamentos en forma oportuna y suficiente. Esta percepción deficitaria, desde el ámbito de la familia, se multiplica y adquiere resonancia social, pues cuando un integrante está enfermo o en riesgo de perder la vida, de manera explicable, se acentúan los reclamos y las urgencias se acrecientan, ante el peligro del deceso o de las complicaciones.

Desde luego, uno de los temas centrales será tanto la cobertura hacia la población [tanto en la entidad como en el país, apenas 40% de la población total es derechohabiente en algunas de las instituciones de salud pública⁸], aspecto

que agrava considerablemente la calidad de vida si adicionalmente consideramos los impactos del desempleo, los bajos niveles educativos y la pobreza. Estos factores cobran sus principales víctimas entre los niños, las mujeres, las personas de la tercera edad y, con mayor énfasis, en los grupos indígenas.

Necesitamos a las familias para impulsar la salud

El ámbito familiar ha constituido uno de los principales bastiones para la reproducción de pautas culturales, así como para el desarrollo de conductas de consumo que, a la postre, repercuten en la salud de sus integrantes⁸. Desde esta óptica, las políticas públicas, así como los programas gubernamentales, deberían tener en consideración la gran oportunidad que representa el mundo familiar para impulsar, desde allí, formas de comportamiento que redunden en mejores estados de salud, así como la cultura de la prevención. Se sabe que la preparación de las madres y de los padres, así como un adecuado entrenamiento para encarar la crianza, cuidado y desarrollo de los hijos, constituye una plataforma central para contribuir en el desarrollo integral de cada persona. Los hábitos de consumo y las conductas de los padres y madres, así como de los propios jóvenes, guardan estrecha relación de morbilidad y mortalidad que presenta nuestra población en la entidad y en general, en el país.

Reducir la morbilidad y la mortalidad desde la familia

En el año 2000, de acuerdo con cifras oficiales⁹ las cuatro muertes en el país estuvieron agrupadas en enfermedades del corazón (16.2), tumores malignos (12.7), diabetes mellitus (11.9) y accidentes (7.8), y muchos de estos padecimientos están claramente asociados a hábitos de consumo y a conductas de riesgo que se desarrollan –consciente o inconscientemente– o son permitidos desde los espacios familiares, al tiempo que la cultura mediática los propone y difunde a través de la publicidad.

Por solo citar tres aspectos que guardan correspondencia con estos indicadores. La tasa de mortalidad por enfermedad isquémica, tumores malignos de tráquea, bronquios y pulmón [todos estos padecimientos asociados claramente al consumo de tabaco] ha mantenido una tendencia creciente. Por otro lado, la diabetes mellitus, que en el Estado de México ocupa el primer lugar en causas de defunción (13.4% del total de decesos), está claramente asociada a los hábitos alimentarios de la población. Finalmente, del

8 INEGI (2004). Porcentaje de población derechohabiente y su distribución según institución para cada entidad federativa, 2000. Consultada en <http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/tematicos/mediano/>

9 INEGI (2004). Porcentaje de población derechohabiente y su distribución según institución para cada entidad federativa, 2000. Consultada en <http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/tematicos/mediano/>

total de muertes por accidentes en nuestra entidad, más de la mitad ocurren en la vía pública¹⁰.

Estas cifras y factores podrían ser reducidos ostensiblemente. La veta que interesa en este documento consiste en concebir una verdadera cultura de la prevención que dé inicio y se fortalezca desde los espacios familiares. Para dicho propósito, es indispensable concebir programas de acción que involucren – en forma permanente- la participación activa y comprometida de los padres, madres de familia y de los propios jóvenes, a fin de impulsar la gestión y desarrollo de conductas de autocuidado y los estilos de vida saludable.

Si bien tanto en el país como en la entidad, la esperanza de vida ha mantenido una tendencia ascendente, es decir, los integrantes de las familias viven más que a principios del siglo XX, también es claro que la mortalidad infantil continúa, lacerando a las familias más pobres, especialmente en los grupos indígenas y en las sistemas familiares que viven en comunidades rurales y en zonas geográficas vulnerables.

Por otro lado, al interior de los sistemas familiares, desde hace más de tres décadas han comenzado, para bien, a engrosar los grupos de la tercera edad. Con base en las biografías de las propias familias, se sabe que, a falta de seguridad social y de los respectivos cuidados que implican las enfermedades degenerativas propias de la tercera edad, la carga económica y los cuidados han caído sobre las mujeres [tanto las madresposas como las hijas]. Esta situación ha generado que, al interior de las familias, se perciba desamparo y ausencia de buenos gobiernos que provean las condiciones mínimas para aspirar a una mejor calidad de vida.

La nueva política pública debe orientar esfuerzos y diseñar programas tendientes a brindar atención y apoyo a un grupo de población que crece y aumentará crecimiento relativo en las próximas tres décadas. Dicho segmento de la población merece especial atención, pues en la medida en que se exploren alternativas para aminorar los impactos de las enfermedades degenerativas, en esa misma proporción se podrán incorporar al desarrollo social y económico de la entidad y del país en general.

Hacia un esquema para la atención de las familias mexiquenses

Ante este panorama, es urgente diseñar y operar un esquema de atención gubernamental que conciba a las familias como sistemas vivos y abiertos al entorno. Pero enmarcados en necesidades palpables [empleo, vivienda, servicios básicos, salud, educación, seguridad pública], así como en procesos de desarrollo que han de orientar las

10 INEGI (2002). Características seleccionadas de las defunciones registradas, 2002. Consultada en <http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/tematicos/mediano/>

decisiones acerca de la pertinencia los programas sociales y de apoyo que puede recibir y en los que puede tomar parte.

Se trata de concebir tanto las políticas públicas como los programas de desarrollo social, sobre la base de una matriz compleja que articule tres grandes ejes. Por una parte, que tenga en consideración factores de contexto microrregional o local en los que se asientan las familias; centrados en niveles de marginación o, si se prefiere, de desarrollo social. El segundo eje habrá de tener en consideración factores intrasistémicos, como la estructura, tamaño del sistema y fase o trayectoria de desarrollo en el que se encuentra la familia, con el propósito de dirigir mejor los esfuerzos gubernamentales. Finalmente, el tercer eje tendrá en consideración la condición estructural del sistema familiar, en bienes y servicios disponibles, estados de salud intrasistémicos, etnia, religión, niveles educativos, pautas reproductivas e inserción en el sistema económico de la localidad y de la entidad.

BIBLIOGRAFIA

- Badinter, Elisabeth (1993); XY: La identidad masculina. Madrid: Alianza Editorial.
- Castells, Manuel (1999); "La era de la información", en: Economía, Sociedad y Cultura. El poder de la identidad vol. II México; Siglo XXI.
- Cheal, David (1997); Family and the State of Theory. Nueva York: Harvester Wheatsheaf.
- Flaquer, Lluís (1998); El destino de la familia. Barcelona: Ariel.
- Giddens, Anthony (1991); Sociología. Madrid: Alianza Universidad-Textos.
- Gomes da Conceicao, Ma. Cristina (1997); "El envejecimiento poblacional y las formas de residencia en México", en: Papeles de población, nueva época, año 3, No. 14. México: UAM, Centro de Estudios Avanzados de la Población.
- Guadarrama, Luis Alfonso (1996); "Familias y televisión: una reconstrucción sistémica", en: Revista Convergencia, núm. 12/13. México: FCPyAP/ Universidad Autónoma del Estado de México.
- (1997); "Familia y televisión, una mirada sistémica", en: Jiménez Guillén (coord). Familia Célula social?. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- (1998a); "Hacia una cultura audiovisual en los jóvenes", en: Esteinou, J. (coord.) Espacios de Comunicación. No. 3. México: Universidad Iberoamericana
- (1998b); "Familia, telenovelas y fútbol. Estudio de caso desde el enfoque sistémico", en: Lozano y Benassini (eds.) V Anuario de Investigación de la Comunicación. México: CONEICC.
- (2000); Dinámica familiar y televisión. Un estudio sistémico. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- (2004); "Familias, Comunicación y Calidad de Vida". Proyecto de tesis doctoral. México: Universidad Veracruzana.
- INEGI (1994a); Estadísticas históricas de México. Tomo 1. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (1994b); Estadísticas históricas de México. Tomo II. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (2000); XI Censo General de Población y Vivienda 2000 Resultados preliminares. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
- (1994b); Estadísticas históricas de México. Tomo D. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- (2001); X71 Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados básicos. Tomo IT. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Instituto Mexicano de la Juventud (2000); Encuesta Nacional de Juventud 2000. México: IMJ.
- Langellier, Knstin y E. Peterson (1997); "Las historias de la familia como estrategias de control social", en: Dennis Mumby (comp.) Narrativa y control social. Perspectivas críticas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lindon Villoria, Alicia (1997); "El trabajo y la vida cotidiana. Un enfoque desde los espacios de vida", en: Economía, sociedad y territorio. México: El Colegio Mexiquense.
- López Barajas, María de la Paz y H. Izazola Conde (1994); El perfil censal de los hogares y las familias en México. México: INEGI-SSA-ISS-UNAM.
- Murillo, Soledad (1996); El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio. Madrid: Siglo XXI.
- Organización de Naciones Unidas (ONU) (1995); Situación de la mujer en el mundo, 1995. Tendencias y estadísticas. Nueva York: Organización de las Naciones Unidas.
- Román Rosario (2000); Del primer vals al primer bebé. Vivencias del embarazo en la jóvenes. México: SEP/Instituto Mexicano de la Juventud.
- Schteingart, Martha y M. Solis (1994); Vivienda y familia en México: un enfoque socio-espacial. México: INEGI-UNAM-El Colegio de México.